

PALABRAS DE LA NUMERARIA INÉS QUINTERO (*) EN LA PRESENTACIÓN DE LA BIOGRAFÍA DE MIRANDA

Cuando el Dr. Simón Alberto Consalvi, aquí presente, me convocó para que escribiera la biografía de Miranda a fin de que formara parte de la Biblioteca Biográfica de Venezuela, mi primera reacción fue de sorpresa y al mismo tiempo de honda preocupación. Escribir una biografía de Miranda se me presentaba como un compromiso titánico.... Nada más pensar en el monumental archivo personal de Miranda y aterrada frente a la inagotable y variadísima bibliografía mirandina, la encomienda resultaba francamente intimidadora. Sobre Miranda se han escrito libros excelentes, insoslayables y absolutamente insuperables como el de Caracciolo Parra Pérez sobre Miranda y la Revolución Francesa, que muy pronto lo podremos tener en nuestras manos en una reedición del Banco del Caribe; están también las extraordinarias biografías escritas por Mariano Picón Salas, William Roberson, Ricardo Becerra y el marqués de Rojas, por citar solamente algunos títulos clásicos, a lo que habría que sumar los numerosísimos estudios sobre aspectos diversos de la vida de Miranda, sus viajes, sus campañas militares, sus proclamas políticas, sus proyectos constitucionales, sus inagotables negociaciones por la Independencia de Hispanoamérica, su vida galante, sus papeles, además de toda una profusión de estudios que no hacen otra cosa que repetir hasta el cansancio los mismos lugares comunes sobre el Precursor.

Hay ocasiones en que la mayor dificultad que ofrece un tema de investigación es la escasez, dispersión o ausencia de información; pero hay otras en que el problema es, más bien, la diversidad bibliográfica y la abundancia de fuentes documentales; es este el caso de Miranda.

A este cúmulo de información mirandina, se suman las exigencias que norman la entrega de los originales a la Biblioteca Biográfica Venezolana. Debe ser en una fecha precisa, ceñirse a un determinado formato, con espe-

(*) Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia, Sillón Letra «L».

cificaciones estrictas respecto a los espacios, el tamaño de la letra, el número de caracteres, el estilo expositivo y pare usted de contar. Y, no hay manera de hacer trampa, porque detrás de los elegantes y sutiles recordatorios de Consalvi está el irreductible Mondolfi con su tijera y su lápiz rojo dispuesto a hacerle la cirugía estética que permite reducir de volúmen a los originales que cometen el desliz de salirse de la cartilla.

Pero el poder persuasivo del director de la Biblioteca Biográfica Venezolana no admite negativas. Uno a uno hemos ido sucumbiendo sin remedio a sus requerimientos. Solamente así se explica el éxito de este proyecto único e irreplicable, de esta insólita colección de biografías que cada dos semanas nos brinda un nuevo título y añade un nuevo nombre al catálogo de autores. Producto, por una parte, del empeño de Consalvi y por la otra del apoyo extraordinario brindado por el Banco del Caribe y el diario El Nacional.

En mi caso, debo admitir que no fue Consalvi solo quien logró vencer mis reservas respecto a escribir una biografía de Francisco de Miranda; el mismísimo Francisco de Miranda, con su enorme capacidad de seducción y sus inverosímiles y apasionantes vivencias terminaron por cautivarme y mantenerme bajo una especie de hechizo historiográfico desde el día que empecé a hurgar en su existencia hasta el día en que puse punto final a la escritura.

Cada uno de los capítulos en que me vi precisada a parcelar la vida de Miranda expresan momentos cruciales de su biografía, sin embargo, al mismo tiempo, dan cuenta de la continuidad y perseverancia que marcan la historia del personaje. Desde el primer momento se siente en Miranda un carácter, una existencia signada por la pasión, un hombre obsesivo, arrollador con una personalidad cautivadora.

Miranda sale de Caracas, abandona a su familia y se monta en un barco en dirección a Europa porque no está dispuesto a vivir el resto de su existencia como el hijo de la panadera; viaja a España y se alista en el ejército de la Corona pero no se conforma con las responsabilidades que le adjudican sus superiores, es ambicioso, quiere ascender, le interesan compromisos más trepidantes, no esconde sus pareceres, por momentos resulta un oficial incómodo, la Inquisición lo tiene en la mira y no goza del aprecio de altos funcionarios de la Corona. Sus días al servicio de la Corona terminan calamitosamente: es acusado de traición. Nuevamente opta por una vía extrema: prefiere convertirse en desertor que ser juzgado por traidor y sometido a prisión.

Empieza, entonces su periplo por el mundo, su sed insaciable de experiencias, su preparación para la misión que se convierte, con el pasar de los años, en obsesión existencial: obtener la libertad de todo un continente. Primero viaja a los Estados Unidos. Es monotemático hasta el cansancio, abruma a quien está a su lado con sus planes y proyectos, se las ingenia para sentarse en la mesa de George Washington, el hombre más importante y más solicitado de los Estados Unidos, durante la semana que éste permanece en Filadelfia, reúne direcciones, guarda tarjetas y escribe sin cansancio todo lo que ve, lo que le gusta y lo que no le gusta. Abandona los Estados Unidos, intervenido anímicamente por las consistencias e inconsistencias del orden republicano y llega a Inglaterra solamente para organizar su larguísimo e inconcebible viaje por los lugares más inimaginables del planeta.

Solamente un seductor de la capacidad y calidad de Miranda podía hacer un viaje como ese, con dinero prestado, pasaportes falsos, perseguido por España y con una visibilidad fuera de lo común: asiste a recepciones en los mejores salones de Europa, es huésped y favorito de Catalina de Rusia, invitado estelar de príncipes, embajadores y de personajes que forman parte de la historia universal.

La presencia de Miranda en todos aquellos lugares tan absolutamente remotos a su ciudad natal tenía que resultar, sin la menor duda, de un exotismo *suigeneris*: un hombre alto, buenmozo, galante, bien vestido, de modales cuidados, con un dominio exquisito del francés, que se manejaba por igual en italiano y en latín, que podía discutir de política en inglés, amante de la buena mesa y de los mejores vinos, con un éxito inusitado entre las mujeres, procedente de una pequeña ciudad llamada Caracas y que hablaba sin descanso de liberar todo un continente de la opresión española, precisamente entre algunos de los más conspicuos representantes de los imperios opresores de la época, no resultaba para nada incómodo, más bien despertaba un incomprensible embeleso.

Cuatro años más tarde está de regreso en el imperio británico...con más tarjetas, más direcciones, numerosos contactos, enormes cajones llenos de libros, varios baúles de vestuario y millares de páginas escritas de su propia mano sobre estrictamente todo lo ocurrido durante aquel insólito periplo.

Hasta aquí, lo vivido y experimentado por Miranda, sobradamente constituye una vida excepcional para cualquier persona de su tiempo y material más que suficiente para el trabajo de cualquier biógrafo. Pero resulta que la historia de Miranda apenas comienza.

En 1789, justo el mismo año en que estalla la Revolución Francesa y ya de regreso en Inglaterra, Miranda da inicio a su insistente, incansable y testaruda propuesta de liberar a la hispanoamérica de la tiranía española. No escatima esfuerzos, se reúne con el primer ministro británico, le escribe comunicaciones, lo persigue incansablemente, lo atosiga de papeles, mapas, proyectos, con una constancia que raya en la obsesión durante dos años.

La indiferencia de Pitt no lo desanima, intenta entonces comprometer en su empresa a la Francia revolucionaria; se involucra decididamente en los sucesos franceses, no logra convencer a nadie, termina preso, se salva inexplicablemente de la guillotina, para regresar, cinco años después, a Inglaterra y volver a la carga, nuevamente con Pitt. Le presenta nuevos proyectos, ahora más acabados, escribe constituciones, prepara descabellados planes de invasión, todo está listo en América para la Independencia, le dice enfático al flemático primer ministro inglés para que se una a la aventura. No tiene como demostrarlo pero no importa. Tres años después no ha obtenido resultados.

Esta vez, tampoco desespera, intenta suerte nuevamente en Francia, es perseguido, se le supone sospechoso de actuar contra el gobierno francés, logra burlar a la guillotina por tercera vez y regresa a Inglaterra, a lo mismo.

Qué clase de individuo es éste seguramente se preguntaban los ingleses cuando veían llegar a Miranda, con sus mapas, sus papeles, sus proyectos constitucionales, sus planes de invasión, hablando sin cansancio de las posibilidades y ventajas que resultarían de la independencia de todo aquel inmenso y rico continente. Cualquier persona sensata, después de tanta negativa, habría buscado otra cosa en qué ocuparse....Pero Miranda, definitivamente no era inglés.

Agotado y desanimado ante la imposibilidad de comprometer a los ingleses, decide llevar a cabo la empresa libertadora, por su cuenta. Viaja a los Estados Unidos y desde allí prepara y emprende la accidentada y fallida invasión del año 1806. Fue un fracaso total, pero Miranda no lo ve así. Deambula por el Caribe insistiendo en que todavía es posible tener éxito y hay quienes le creen.

Sin un céntimo, endeudado hasta lo imposible regresa a su casa en Grafton street, con las tablas en la cabeza. Pero no se queda quieto....! le escribe a sus amigos para insistir en la epopeya, Publica impertinencias por la prensa, hace críticas feroces al régimen absolutista español en momentos en que Inglaterra y España son aliadas, el asunto resulta incómodo para la política

del imperio y así se le hace saber al huesped caraqueño. Pero esto tampoco lo intimida.

Finalmente en 1810 se entera por la prensa de los sucesos del 19 de abril en Caracas. Recibe a los emisarios de la Junta y de inmediato hace los preparativos que le permitan unirse sin dilación a la empresa independentista. Ese mismo año, en diciembre, llega a Caracas, con todos sus papeles, todos sus libros, todas sus anotaciones, todo su vestuario, todo su entusiasmo: viene a quedarse.

Las reacciones son encontradas. Hay quienes simpatizan con el visitante, pero hay también a quienes no les gusta para nada aquel sujeto, ausente durante tres décadas, amigo de los ingleses, un tipo insufrible y arrogante que piensa que todo lo sabe.

Miranda tampoco está tranquilo...resiente las reservas, sabe que tiene enemigos, está al tanto de las intrigas contra su persona. Pero, al mismo tiempo, está convencido de que nadie se encontraba más capacitado ni tenía más experiencia militar y política que él, que lo había visto todo, lo había vivido todo, lo había experimentado todo. La combinación era explosiva.

La historia la sabemos. Miranda termina, por decisión unánime e irremediable, encargado del poder supremo, de la dictadura, de la dirección de la guerra, en medio del más absoluto caos. Largo sería describir el dramático descalabro de aquel primer ensayo republicano y los tortuosos caminos que desembocan en la polémica capitulación de San Mateo y en la aun más controversial prisión de Miranda, por sus mismos compañeros de campaña. La victoria tiene muchos padres, la derrota es huérfana.

Empieza aquí el último trecho de la vida de Miranda. En prisión y sesentón es el mismo hombre obstinado y seductor. En Puerto Rico, el jefe de la prisión, solía compartir con Miranda el te, al caer la tarde para oír de viva voz las peripecias de aquel preso, más parecido a un personaje de Victor Hugo que a un militar derrotado de la revolución de independencia.

Cuando tuvo la primera oportunidad, desde la prisión escribió memoriales y representaciones en su defensa, de nuevo incansable y testarudo hasta la insensatez. Todavía detrás de los muros inexpugnables de la Carraca estaba convencido de que era posible escapar....pero su estado de salud se lo impidió. El 16 de julio falleció y fue sepultado sin ceremonias en el cemen-

terio del barrio al cual pertenecía la prisión. Luego sus restos fueron trasladados a una fosa común.

En el caso de Miranda y en concordancia con lo fue su existencia, las peripecias que rodean al personaje no concluyen con su deceso. Dos historias cada una más inverosímil que la otra han terminado por formar parte de su biografía.

La primera absolutamente inconducente, la segunda sencillamente fascinante.

En el primer caso nos referimos a la desaparición irremediable de su osamenta. Desde hace algún tiempo ha habido una preocupación intermitente por dar con el paradero de los huesos perdidos del Precursor. Con ese propósito se ha hurgado en la fosa común donde se supone que terminaron sus huesos, se ha seleccionado una muestra de restos mortales desconocidos, se han hecho pruebas de ADN entre parientes fallecidos y descendientes con vida, para determinar si puede ubicarse aunque sea un pedacito de hueso perteneciente a aquel hombre elegante, alto y seductor que fue Miranda.

Recuerdo muy claramente que cuando asistí por primera vez a una reunión en la Academia Nacional de la Historia, nos visitaba un representante de esta resucitada comisión arqueológico-patriótica que se ocupa de dar con los restos de Miranda. Era un oficial de nuestra Fuerza Armada. Además de informar sobre todos los trámites, tropiezos y fracasos que han signado esta búsqueda, se preguntaba el visitante si alguno de los allí presentes sabía, por casualidad, en dónde se encontraban los restos de los padres de Miranda, a ver si era posible obtener una muestra del ADN de alguno de los dos para seguir trasteando con los huesos de la fosa común.

Este episodio nos coloca una vez más ante esa enfermiza reliquiomanía, propia del inconducente culto a los héroes que, en la actualidad, ha cobrado proporciones alarmantes.

Cuando me correspondió presentar el libro *Miranda* en ocho contiendas del amigo Edgardo Mondolfi, destacaba algunas de las precisiones que el autor hacía sobre este tema. Dice Mondolfi en el libro citado que la idea de encontrar uno de los huesos perdidos de Miranda, tiene como motivación fundamental la falsa pretensión de que con ello se saldaría de alguna forma la deuda que los venezolanos tenemos con Miranda, cuando no se trata - y aquí cito a Mondolfi- sino de una más de esas terribles patologías que nos

azotan como país y que, al igual que ocurre con Bolívar padre abandonado por nosotros, termina por formar parte de esos embelecos, hechizos, excesos sensibleros e incluso de esos relámpagos de fetichismo y morbosidad sobre los que muchas veces se erige el pilar del Estado.

De manera pues que no es con el hallazgo de unos huesos de dudosa procedencia que podemos saldar cuentas con Miranda ni con el pasado. El pasado es inalterable. La búsqueda inútil de unos restos mortales, más allá de la futilidad del gasto y de lo estéril que puedan ser sus resultados, no tiene el menor efecto sobre nuestra historia y sobre el desenlace final de Miranda en la Carraca.

Resulta mucho más pertinente y mucho más ajustado a la valoración que exige un personaje como Miranda incorporar la pérdida irremediable de sus restos a la compleja y apasionante biografía de quien, sin duda fue el más obstinado y empeinado promotor de la Independencia Hispanoamericana.

La otra historia a la que hacía mención, unos minutos atrás y que, realmente produce fascinación por la conexión que tiene con lo que fue la vida de Miranda es la de la pérdida y aparición de su monumental archivo.

Cuando Miranda fue tomado prisionero en La Guaira ya sus baúles estaban en el barco que lo llevaría a Curazao. Miranda, pues, se había ocupado de poner a salvo su archivo antes de ocuparse de poner a salvo sus huesos. El archivo navegó solo hasta la isla caribeña y de allí fue enviado a Inglaterra, como equipaje sin acompañante. Sir Bathurst, para ese entonces Ministro para las colonias del imperio británico, al recibir el equipaje de aquel cercano e incómodo amigo del gobierno inglés, envió los baúles para un castillo de su propiedad en las profundidades de la Gran Bretaña. Allí reposaron sin despertar la curiosidad de los habitantes del castillo durante más de cien años, cuando dos venezolanos Alberto Adriani y Caracciollo Parra Pérez, se dieron a la tarea de indagar a dónde habían ido a parar los papeles de Miranda, con mucha más pericia, sensatez y resultados que cualquiera de las comisiones que ha tenido a su cargo desentrañar el misterio de los huesos perdidos del precursor.

Desde 1926, adquirido por el gobierno venezolano, se encuentra bajo la custodia de la Academia Nacional de la Historia el más importante legado que dejara Miranda de su trayectoria pública y privada, no sólo para nuestra historia menuda y provincial sino para la historia universal. Allí está un relato pormenorizado y documentado de los sucesos que transformaron la his-

toria de la humanidad escritos por un testigo de excepción el caraqueño Francisco de Miranda, hijo de una humilde panadera y de un canario al servicio del Rey.

Desde hace ya varios años, la Academia Nacional de la Historia, responsable de la custodia de este importantísimo acervo documental y conciente de su valor histórico, ha emprendido la tarea de obtener su reconocimiento como Memoria del Mundo por la Unesco. Un informe detallado y completo de las características y contenidos del Archivo ha sido preparado por Antonieta de Rogattis, historiadora e investigadora de esta Academia, bajo la supervisión y dirección de la Dra. Ermila Troconis de Veracoechea, Directora de la Academia y entusiasta promotora de esta iniciativa, hace ya unos años. La tramitación se encuentra actualmente en proceso. También desde hace varios años se ha llevado a cabo la publicación del monumental archivo de Miranda, el mayor legado que dejó Miranda a la posteridad: su *Colombeia*, proyecto que paradójicamente se ha visto entorpecido por los vaivenes presupuestarios que suelen caracterizar a este tipo de iniciativas. Ojalá que en este año de efervescencia mirandina tengamos la satisfacción de ver finalmente concluida la publicación de la *Colombeia* y ver ingresar al Archivo de Miranda en la Memoria del Mundo de la Unesco. Sería una manera digna y perdurable de dar inicio a las conmemoraciones bicentenarias de nuestra Independencia.

Dicho esto no me queda sino agradecer a la Academia Academia Nacional de la Historia por ofrecer sus espacios para la presentación de este nuevo título de la Biblioteca Biográfica de Venezuela. Agradezco también al Dr. Consalvi por haberme permitido caer en en el embrujo contagioso que genera la historia de Miranda y por supuesto, a El Nacional y al Banco del Caribe por apoyar y formar parte de este maravilloso proyecto editorial.